



AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 56

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:
Rambla del Centro, 80, 1.^o
Teléf. 4656 A.—BARCELONA

Talleres Gráficos propios
Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los Jueves

ANIMA ALLEGRA 1919

EL GENIO ALEGRE

Exclusiva: JUAN ARAJOL
Consejo de Ciento, 325 : Barcelona

I

GRAVE, severo, contemplando con irritada mirada a través de los cristales de sus quevedos la carta que acababa de abrir, don Eligio Frías, administrador de doña Sacramento Alcázar, marquesa de los Arrayanes, pronunció:

—Lo de siempre, señora marquesa. Don Julio pide dinero.

Doña Sacramento, austera dama que vivía en su palacio de Alminar de la Reina como en un claustro, exhaló un profundo suspiro.

—¡Siempre igual!—murmuró—. ¡Si mi marido levantara la cabeza y viera que su único hijo, el marqués, tiene cubiertas las paredes de su dormi-

torio, en el palacio solariego de los Arrayanes, con retratos de cómicas y bailarinas! ¡Oh!

—Y una Venus de Médicis encima de la mesa de noche—añadió el severo don Eligio, acariciando su bigote, que, unido a una mosca que se dejaba en la barba y a sus gafas, le daba un cierto parecido a don Francisco de Quevedo.

—¿Usted la ha visto, señor administrador?—interrogó la marquesa.

—Desde el punto de vista artístico, sí, señora, porque, como hombre, no puedo contemplar semejantes indecencias.

La marquesa de los Arrayanes permaneció un momento silenciosa.

—¿Y debe mucho? — preguntó de nuevo doña Sacramento, volviendo a lo más interesante.

—Todo lo debe, señora, hasta la manera de andar, según dicho del vulgo, que a veces acierta en la expresión.

Don Eligio alzó los ojos al cielo.

—¿Y cuánto pide?

—Veinte mil pesetas.

—¡En el nombre del Padre!

—Es la misma exclamación que se me ha escapado de los labios al leer la carta del señor marqués—dijo el administrador—. Y he añadido: “y del Hijo, y del Espíritu Santo”...

—Niéguelas en redondo—contestó doña Sacramento—. Que hable primero conmigo. ¿Se ha propuesto tal vez que concluyamos yendo a pedir limosna?

—Es—afirmó don Eligio—insensato, si la señora marquesa me permite que me exprese así.

—Tiene usted razón, querido Frías. Ya sabe usted la consigna. Ni un céntimo más.

Y doña Sacramento abandonó el amplio, vetusto y sosegado patio andaluz, en el que acababa de desarrollarse la anterior escena, mientras hacía irrupción un nuevo personaje.

Era Antoñito, hijo de uno de los servidores más fieles de la marquesa: el viejo Ambrosio, que servía en la casa desde su juventud. Sentía aficiones por la pintura y las satisfacía de momento, a falta de mejor modelo, haciendo el retrato de don Eligio.

—Antoñito—dijo don Eligio—ya te dije ayer que me estabas haciendo los pies grandes y la cabeza chica.

El Rubens en ciernes, que creía a pies juntillas que todo el arte pictórico consistía en pelarse poco y usar una corbata desaforada, se sulfuró al oír aquellas manifestaciones.

—¡Mírese usted al espejo, don Eligio!—le contestó despectivamente.

—A ver, a ver...—repuso cachazudamente el administrador—. La justa proporción de la figura humana son siete cabezas, y esta figura tiene más de siete cabezas!

—¡Y usted también!

—¡Cómo!—gritó Frías indignado—. ¿Que yo tengo más de siete cabezas?

—¡Sí, señor!—afirmó Antoñito—. Además, usted

entenderá de libros antiguos y de administrar bienes, pero no sabe usted una papa de arte.

La indignación de don Eligio aumentó al oír aquellas palabras.

—Primero—contestó—la papa no es unidad para medida de arte; segundo, entiendo de arte y de todo más que tú, ¡pintamonas!

—¡Que le estoy pintando a usted! — observó, muy juiciosamente, Antoñito.

—¡Calla! —gritó Frías—. ¡Oh! juventud presuntuosa, juventud necia... En mi libro sobre las personalidades de Alminar de la Reina, no te concederé un lugar ni en la fe de erratas. Abre, que están llamando...

—Ya abrirán las criadas.

—¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! La culpa la tiene quien se deja retratar por un mocoso así...

Y don Eligio se lanzó escaleras arriba, en busca de la calma que necesitaba para acallar la indignación que habían despertado en su espíritu las despectivas frases de Antoñito...

No lejos de Alminar, en Solar del Rey, pintoresco pueblecito situado en plena campiña andaluza, Consolación, sobrina de la marquesa de los Arrayanes y huérfana desde muy niña, vivía con el conde de la Luz, hermano de su madre, que, a pesar de sus ya maduros años, se había desposado hacía poco tiempo. Consolación era una muchacha fuerte, ágil, inquieta, revoltosa, llena de salud y de alegría. Era el tipo perfecto de la mujer andaluza, que lleva el sol en el alma y en los ojos. La esposa de don

Alfonso, que así se llamaba el conde de la Luz, era una mujer adusta y severa, que no podía avenirse con el carácter de su sobrina política. Y esta antipatía no hubiese tenido seguramente ninguna consecuencia desagradable, si Consolación no hubiera tenido una doncellita, alegre y pizpireta, bastante bonita, pero más presumida que una mona, que, sabiendo el cariño casi fraternal que por ella sentía su joven amita, se creía poco menos que intangible y no cumplía otras órdenes que las que le dictaba su propia voluntad.

II

TEÑIA un nombre casi ilustre: se llamaba Coralito Moreno y Rivas, y ponía un especial cuidado en repetir tan sonoros apellidos a todo el mundo que la oía.

El choque inevitable, se produjo entre la esposa del conde y la doncella de Consolación. Un día que aquélla la reprendía por haberse olvidado de cumplimentar un encargo que le había dado, Coralito, sin poderse contener, replicó:

—¡Usted aquí no es para mí más que una intrusa! ¡Yo sólo tengo que obedecer a la señorita Consolación!

El conflicto había estallado, con todas sus consecuencias. Don Alfonso, hombre reposado y calmoso, llamó a capítulo a su sobrina.

—Consolación—le dijo—. Ya te habrás enterado del lamentable incidente que ha ocurrido entre tu

tía y Coralito... Las cosas han llegado ya a un extremo que no es posible tolerar por más tiempo. Debes, pues, despedir a tu doncella y tomar otra que sepa mejor respetar a quienes, al fin y al cabo, debe sumisión y acatamiento.



—¡Ahí viene la señorita Consolación!

—¿Despedir yo a Coarlito?—replicó sin pensárselo un momento—. ¡De ninguna manera! La quiero como a una hermana, y, además, estoy satisfecha de sus servicios...

—Consolación—insistió el conde de la Luz—tu conducta es reprobable. Debes respetar a tu tía y hacer que se la respete...

—Querido tío—dijo la joven—desde que, a pesar de tus años, te dió la ventolera de casarte, ya me figuré que yo iba a estar aquí de más. Me iré a Alminar de la Reina con mi tía Sacramento...

Y Consolación, inapelable como un fallo en última instancia, comenzó los preparativos de viaje. Hizo embalar su piano, su ropa, arreglar una jaula para una perrita y otra para un loro, animalitos ambos por los que sentía especial afecto y acompañada de Coralito tomó el tren con destino a Granada, en donde debía enlazar con otro que la conduciría a la estación más cercana de Alminar de la Reina.

Anunciábase para aquél día una corrida de toros en la que mataría el famoso espada "Currito". Consolación, aficionadísima como era a la fiesta nacional y atraída por el cartel, decidió quedarse en la capital hispalense y esperar otro tren que salía a las nueve de la noche.

Cuando, ataviada con la clásica mantilla, llegó Consolación a la plaza en compañía de Coralito, en las filas cercanas al lugar que acababa de ocupar empezó a oírse un prolongado murmullo de admiración. Momentos antes de empezar la fiesta, un muchacho alto, de aspecto robusto y sano, llegó a la plaza. Vestía un traje sencillo, aunque confeccionado con género excelente y con él iban cinco o seis muchachas, todas de vida alegre, que ocuparon un palco, junto con sus acompañantes, entre risas y chillidos.

—Señorita—dijo Coralito, que no perdía deta-

lle—. Mire usté a la izquierda con er rabiyo der ojo y verá qué hombre más requeteguapo.

—Calla, Coralito — dijo Consolación—. Mira, ahora sale “Currito”.

La plaza en lleno estalló en una ovación estruendosa... El ídolo acababa de hacer su aparición. Y la sobrina de la marquesa de los Arrayanes, contagiada por el entusiasmo ambiente, aplaudía también, con sus manos menudas y suavemente modeladas.

III

EN la casa solariega de los Arrayanes, ocurrían cosas trágicas. Julio, impensadamente, había llegado a Alminar de la Reina, y la presencia del marqués cerca de su madre era considerada siempre como precursora de las mayores catástrofes.

Y es que Julio necesitaba urgentemente las veinte mil pesetas que, no atreviéndose a pedir directamente a doña Sacramento, había solicitado de su administrador. Como aquéllas no venían, nuestro hombre decidió presentarse de improviso en Alminar, para, con su presencia, intimidar a su madre y poder salir del apuro.

—Julio, tenemos que hablar, y no poco—le dijo doña Sacramento—. Eres una mala cabeza y me matarás a disgustos.

—¡Hola!—exclamó el marquesito—. ¿El sermón

de todos los viajes? ¡Y yo que creía escaparme esta vez sin él!

—¿Piensas marchar mañana?

—Sin falta.

—¿Y a Granada, naturalmente?

—Sí, mamá.

—Ahora sopla el viento de Granada.

—En ninguna parte se ama la vida como allí, mamá.

—¿Ni en Alminar de la Reina, al lado de tu madre?

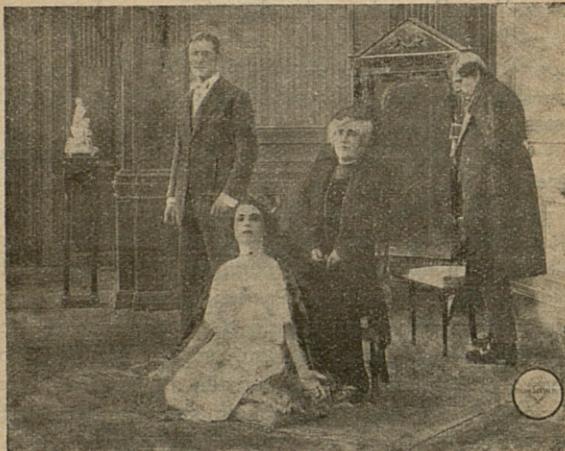
—Mira, mamá—dijo Julio—no te enfades. Yo, a tu lado, viviría siempre. Cuando no lo hago, es porque no puedo. Somos incompatibles. Vivimos la vida de distinta manera. Para ti, la vida es un martirio; para mí, es un regalo. Para ti, el mundo es un valle de lágrimas; para mí, es un campo de flores. Tú quieres vivir encerrada en un calabozo, yo quiero que me dé el sol en la cara. Si la vida es alegre, como yo creo, ¿para qué entristecerla? Y si es triste, como piensas tú, ¿no vale la pena endulzarla un poco?

—¡Alegrar la vida!—repuso doña Sacramento—. ¿A eso que tú haces llamas alegrar la vida? ¿Crees que no sé que tu afición a las mujeres te domina, te ciega?

—¡Las mujeres! Sin ellas no valdría la pena de vivir en este mundo. Por algo Dios, que es tan sabio, ha creado siete para cada uno de nosotros.

—¡Oh!—pronunció gravemente la marquesa—. No eran ciertamente como tú aquellos mozos de Al-

minar de la Reina que en la bodega de esta casa se adiestraron en el manejo de las armas y se batieron como leones en Bailén.



—Sentí la alegría de los momentos buenos...

—No—dijo Julio—no eran ciertamente como yo. Pero tampoco eran como los de ahora: frívolos, hipócritas, calculadores... incapaces de apasionarse por una mujer ni por una idea; jóvenes sin juventud, negros con sotana por dentro y por fuera, que no llevan en la cabeza más que el plan de una buena boda, ajustando a la novia como una finca o como una jaca...

—¡Calla, calla!—dijo doña Sacramento. Han llamado a la puerta.

Era Diego, criado de la marquesa.

—¡Doña Sacramento! ¡Doña Sacramento!—gritaba —. ¡Que está aquí la señorita Consolación! ¡La mismita en persona! ¡Místela!

—¿Pero, eres tú, demonio?—exclamó la marquesa de los Arrayanes, al ver a su sobrina, que acababa de entrar con su doncella—. ¿Cómo es esto? ¡Sin haber escrito antes!

Y, mientras su madre abrazaba a la joven, Julio la contemplaba, diciendo para sus adentros:

—Pues, no está mal la primita...

Esta, que no le conocía, pues desde muy pequeños no se habían visto, se le acercó, confundiéndole:

—¡Pacheco! ¿Usted aquí? ¿Cómo le va, Pacheco?

—A Pacheco, no lo sé. A mí, no me puede ir mejor.

—¿No es usted Pacheco?

—No soy Pacheco. Y lo siento mucho, en vista del éxito de Pacheco.

—Pues, tiene usted su misma cara.

—En este caso, acompañó a Pacheco en el sentimiento.

Doña Sacramento, que les contemplaba, estalló al fin en una franca y estentórea carcajada.

—¡Si es tu primo!—exclamó.

Y, momentos más tarde, después de la presentación, Coralito, que se había quedado junto a su señorita, le decía en voz baja:

—¡Si eze zeñó e aquer muchacho de la corrida!
—Sí, Coralito, sí...—repuso Consolación—. ¡Y en
buena compañía le conocí!

IV

*La zeñorita ha yegao
mu graciosa y mu bonita
parece una fló der campo
Dios bendiga a la zeñorita.*

*Y con zu tía aquí prezente
y don Julio, mucha zalú les dezea
zu zervidó que lo es
Lucío Fernández y Perea.*

El poeta que con tan inspiradas rimas acababa de saludar la llegada de Consolación, era Lucío, criado de doña Sacramento. La marquesa sonrió con cierta benevolencia. Don Eligio, molesto por la incorrección de los versos y porque el poeta se había olvidado de mencionarlo a él, se puso más serio que nunca. Consolación, Coralito y Julio, soltaron la carcajada.

—¡Hay qué demonio de hombre!—exclamó Consolación—. ¡Ha tenido sombra de veras!

—Es gracioso ese hombre—dijo Coralito.

—¡Lucío, venga esa mano!—gritó Julio—. ¡Eres un gran poeta!

Al día siguiente, Julio emprendió el regreso a Granada. Pero en vano se esforzó por hallar el pla-

cer en los mimos de sus amigas. De las siete mujeres que Dios había creado para él, sólo una, su primita, se le había entrado en el alma.

Diez días llevaba Consolación en Alminar de la Reina y, con gran disgusto para doña Sacramento, la desenfrenada alegría de la joven, febril, atolonada, había llenado con sus ecos la casa, el campo, el pueblo todo.

—¡Menos mal—pensaba la marquesa—que Julio no está aquí! Ciento que me costó veinte mil pese-
tas lograr que se marchara, pero por bien emplea-
das las doy, porque ese loco hubiese aprobado y
aplaudido esas cosas que tanto me desagradan y
que son, en cambio, el encanto de Consolación...

Como si obedeciese al conjuro mágico de una evocación, la silueta de Julio se perfiló en la puerta.

—¿Hay posada para un peregrino?—preguntó.

Doña Sacramento quedóse aterrada.

—¡Tú aquí!—exclamó.

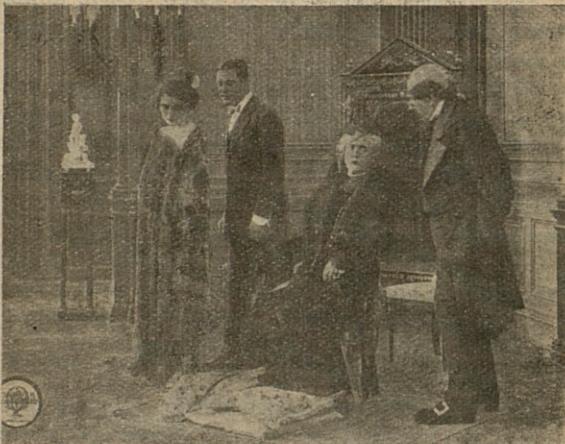
—Sí, yo... Pero no tengas miedo, que soy moro de paz. No vengo a por dinero. Acompaño a unos amigos a un tentadero en "La Temprana", a media legua de aquí, y mientras ellos preparaban el almuerzo, he cogido la jaca y me he llegado a darte un beso. ¿Qué te parece?

—Hombre, si no traes otra intención, bien...

—Ya te he dicho, mamá, que soy moro de paz.
¿Y Consolación?

—¡No me hables de ella, que me tiene desespe-
rada! Su genio alegre es verdaderamente contur-
bador e insopportable. La doncellita, descocada y

respondona; los pájaros, el loro, el piano, la perrita... En esta casa donde hasta ahora reinaba el silencio de un claustro, se oye desde que ella llegó un loco reír y un charlar sin tregua ni reposo...



—*¡Oh, juventud irreflexiva!* — pronunció don Eligio.

—Así me gusta...

—Me lo temía. Sabía que así que lo supieras, aprobarías todos sus desvaríos. Mira, ahora va a venir, y por no oír la sarta de disparates que tú le dirás al saber su manera de ser, me marcho...

Era lo que quería y ansiaba Julio. Como le había

dicho su madre, no tardó en llegar Consolación.

—¡Hola, primita!

—¡Hola, Julio! ¿Tú por aquí?

—Sí. Una casualidad. Mira...

Y el marquesito de los Arrayanes explicó a Consolación su excursión al tentadero de "La Temprana".

—La verdad es—dijo la joven—que eres un tambor, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?

—Diferencias de carácter, de opinión, de gustos. No obstante, por todo pasaría yo si mi madre pasa por una sola cosa mía.

—¿Te gusta alguna mujer que a ella no le agrade?

—Me gustó, y mucho — dijo Julio, con cierta emoción en la voz.

—¿Cómo se llama? ¡Dilo!

—Antofíta la buñolera. No vive, pero dejó rastro... Tengo un hijo.

—¿De la de los buñuelos?

—Sí.

Consolación permaneció un momento en actitud reflexiva.

—¿Y tú—preguntó—qué pretendes de tu madre? ¿Que admita tu hijo aquí?

Julio evitó la respuesta.

—¿Y tú, Consolación—dijo al cabo de unos instantes—tienes novio?

—Uno.

—Entonces, ¿quisieras tener dos?

—Te equivocas, primo. Con uno bueno, basta y sobra.

—Pues, lo siento en el alma, Consolación. Me



—Cuando no es el tío Carando, es la tía Pi-longa...

molesta que las mujeres bonitas tengan novio. Las quiero, o libres como el pájaro, o ya con su marido al margen... En fin, ya sabes lo que me separa de esta casa y de algunas mujeres.

—¿De algunas mujeres? ¿Por qué?

—Porque yo sueño con que la mujer que llegue

a ser mi esposa acepte ese hijo mío y lo quiera como yo lo quiero.

—¿Y no tienes más que uno?

—No tengo ninguno, Consolación—exclamó Julio triunfante—. Del mismo barro que tú has hecho a tu novio, he hecho yo a mi hijo, y quizás con la misma intención.

—Vamos, vamos—dijo la muchacha, como queriendo variar de conversación—ayúdame a colocar estas macetas en el patio... Vamos a dejarlo hecho un jardín... Mira, esta grande, aquí... Estas pequeñas, rodeando la columna...

Julio, de buen grado, obedeció. Pero cuando se halló, en un rincón, junto a su prima y todo el aroma de su carne de mujer fresca y joven le subió a la cabeza, su voz tembló en su garganta y, lleno de emoción, le dijo:

—Consolación... A ti te ha preocupado un instante que yo tuviera un hijo y a mí me ha preocupado que tú tuvieras novio. ¿Por qué es esto?

Consolación, roja como una amapola, no se atrevió a contestar. En aquel momento, a pasos lentos, doña Sacramento entraba en el patio. Un grito de sorpresa se escapó de sus labios al ver a los dos jóvenes murmurándose frases dulces.

—Consolación—gritó con voz grave—. ¿Qué es esto?

La muchacha enrojeció más aún, y, bajando la vista al suelo, murmuró:

—Pregúnteselo usted a Julio.

—¿Qué es esto, Julio?—repitió la marquesa.

Y el marqués de los Arrayanes, con su eterno aire de campechano, contempló cara a cara a su madre y le dijo, por toda respuesta:

—Pregúnteselo usted a Consolación.

V

DON Eligio Frías, moralista severo y autor de un libro sobre las personalidades ilustres de Alminar de la Reina, estaba preparando apuntes para una conferencia gramatical, cuando se encontró casi de manos a boca con la inquieta y revoltosa Coralito.

—Yo también tengo mis libros, cabayero — le dijo.

El administrador de la marquesa de los Arrayanes contempló la cubierta del libro que Coralito le mostraba, y leyó con el asombro que pueden imaginarse fácilmente nuestros lectores:

“Las veinticinco maneras de que se vale una mujer para sacar novio.”

—¿Qué farta le hace a usted ese libro? — preguntó la doncellita de Consolación con aire de marcada sorna. — ¿Va usted a sacar novia?

— ¡Voy a sacar lo que a usted no le incumbe!

— ¡Jozú, qué palabra! — dijo Coralito, echando a correr. — En mi vida las he oído tan extravagantes!

En aquel momento, las campanas de la iglesia del Carmen se oyeron repicar.

— ¿Qué repique es ese, querido Frías? — preguntó la marquesa, entrando en el salón donde el administrador ordenaba sus apuntes. — ¿Son esas las campanas de Nuestra Señora del Carmen?

— Ellas me parecen, señora marquesa. Y en Dios y en mi ánima que no adivino cuál puede ser la causa de tan desatado campaneo.

— ¡Es mañana fiesta de guardar!

— Para mi santiguada que no.

— ¡Qué es extraño!

— Mucho — afirmó don Eligio. — Hallábame ordenando los apuntes para mi conferencia sobre el “la” en dativo femenino — yo soy “láista”, señora marquesa — cuando el recio tole tole de las campanas vino a distraer mi tarea.

Calló un momento y prosiguió:

— Dígame, doña Sacramento, ¿aún no ha regresado la señorita Consolación?

— Todavía no, don Eligio.

— Si he de serle franco, señora marquesa, le confesaré que el paso que ha dado hoy permitiendo a la señorita asistir a una boda de gitanos, no ha sido de mi aprobación. Si todo se quedara en la boda, menos mal; pero de seguro habrán llegado frente a sus cuevas, donde tendrán zambra todo el día. Y tal espectáculo es lamentable. Las danzas de las gitanillas son harto deshonestas y sus cantares, chabacanos y libres, pican que rabian.

— Ha puesto usted el dedo en la llaga, querido

Frías—repuso doña Sacramento—. Mi sobrina me tiene disgustadísima. Diez días hace que está aquí y Dios sabe cuántas contrariedades me ha causado.



El administrador, contrito, se presentó ante la alocada muchacha...

—Además, señora—asintió don Eligio—¿qué es eso de recibir aquí a todo el mundo y a todas horas? Cuando no es el tío Carando, que la vió nacer, es la tía Pilonga, que la vió abrir los ojos, cuando no es el Tuerto de la Plaza, que le debe el estanco a su señor padre, es un lisiado que viene a pedir

limosna... ¡Y una de besar y una de reír que no me deja poner una coma en su sitio!

—Pues, ¿y la doncellita?—exclamó doña Sacramento—. ¡Es de oro! Usa unos vestidos de colorines escandalosos, se echa encima una de olores que trastorna, y se baña, como si fuera una duquesa, casi todos los días.

—Y lo peor no es eso—dijo el administrador, con ánimo de remachar el clavo—. Le gusta, o lo hace ver, Lucío.

—¿Tan zafio?

—Sí, señora. Y ayer la sorprendí leyendo a hurtadillas un librejo que escondió al verme.

—A propósito. ¿Examinó usted la biblioteca de mi sobrina?

En el rostro de don Eligio pintóse una expresión de disgusto profundo.

—Sí, señora: todo son libros de Bécquer, el poeta nocivo y peligroso; de Campoamor, que llamaba las cosas por su nombre; de Valera, que tampoco se mordía la lengua; y después... ¡oh! Después... ¡Casi no me atrevo a decirlo!

—Diga usted, por Dios, don Eligio—dijo, asustada, la marquesa.

—¡De Pérez Galdós!

—¡Jesús!

—Y de Luis Taboada—concluyó diciendo el administrador, con el mismo tono que hubiese contestado un inquisidor a un veredicto de culpabilidad.

Y, mientras seguía la conversación, la hermosa sobrina de doña Sacramento, acompañada de Julio,

asistía, en la cueva de Chiribiquí, a una boda de gitanos, y contemplaba, con curiosa ingenuidad, la singular ceremonia de secular origen, consistente en romper una olla, cuyos pedazos aseguran la felicidad de los esposos...

Los mendigos no volvían en sí de su asombro al ver a aquella muchacha aristocrática y a aquel joven apuesto entre ellos. Una vieja, que permanecía sentada en una silla, a causa de su achacoso estar, les contó la buenaventura.

—Antes de nacé, ya decía tu zirno que ibas a ser hermosa... Tú zerás felí y harás felices a los demás, porque eres alegre y zabes reí... Y tú, hermoso cabayero, te he de decir que has puesto tus pensamientos en una mujer que está mu arta pa ti... tan arta como laz eztreyas... Pero es mejó que mirez ar zuelo para que no dé un tropezón y te rompas las narices...

VI

NO había pasado una hora, cuando Consolación y Julio volvieron, para disipar las dudas de la marquesa, sobre si el día siguiente era fiesta de guardar.

—Mamá—preguntó Julio a doña Sacramento—¿no has oído repicar en el Carmen?

—Sí, hijo mío.

—Pues, ha sido Consolación.

Doña Sacramento palideció.

—¡Virgen Santísima! ¡Campanera, también?

—¡Campanera y sacristana y todo cuanto hay que ser en el mundo!—repuso llena de alegría la muchacha—. Verá usted, tía. Volvíamos riendo y charlando del casamiento, cuando, al pasar por delante del Carmen, dijimos: “Vamos a entrar a rezarle a la Virgen.” Yo, que rezó más aprisa, me levanto y me subo a la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos a la torre conmigo. ¡Qué risa! ¡Qué barullo! Cuando llegamos al campanario, después de haber atravesado la lóbrega escalera, nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo, lo que se ve por aquellos ojos de la torre! La mañana era hermosa, el sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de verde los pinarés... Temblaba yo, de emoción, de alegría, de ganas de vivir... Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados segando la miés... Quise en un momento levantar el vuelo, como hacen las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro, quise agradecerle a Dios la vida que me dió, quise comunicar mi bienestar a aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera... Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risas y en lágrimas, cogí la cuerda de una de las campanas y empecé a voltearla, como si hubiese sido campanera toda mi vida... En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. ¡Talán talán, talán talán, talán talán! Lucío se agarró a otra campana, un monaguillo, contagiado y en-

tusiasmado, a la otra... Y aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados hacia la tierra, y estuvieron mirando ha-



El hijo de Ambrosio pintaba a Lucío y a Coralito bailando peteneras...

cia arriba, hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, porque esta mañana ha habido repique en el Carmen.

Todos, excepto el administrador, se sentían honradamente emocionados por las frases de Consolación. Lucío fué el primero que se atrevió a hablar:

—¿Pos, no ze me han zartao las lágrimas? —dijo.

—No ha sido a ti sólo—contestó Julio—. Mira por donde la alegría de la señorita nos ha enternecido a todos.

Doña Sacramento alzó los ojos al cielo.

—Consolación, Consolación... — le dijo—. Eres buena, pero eres loca...

—Bueno, tía—repuso la muchacha—. Ya me esforzaré en ser un poquitito más buena y un poquitito menos loca, para tenerla contenta... Pero poquitito, ¿eh?

La marquesa sonrió. Don Eligio, ante aquella sonrisa, que equivalía a una concesión, arrugó todavía más el ceño y exclamó:

—¡Oh, juventud! ¡Juventud de irreflexión y de demencial...

VII

PERO lo que llegó a enfurecer de inusitada manera al honrado administrador, fué la frasecita que el loro de Consolación había aprendido de memoria y repetía a cada instante: ¡Que baile don Eligio!

—Doña Sacramento—le dijo un día—. En esta casa ha entrado un vendaval que lo arrasa todo.

—¿Se refiere usted, por ventura, a mi sobrina Consolación?

—A ella misma. Creo llegado el momento de que pongamos freno a sus locuras, que de algún modo hay que llamarlas.

—¿Y si yo le dijera—repuso entonces doña Sacramento—que sus locuras me van ganando el ánimo? A pesar de todo, hay una razón que me lleva a agradecer esa alegría desmesurada... ¡y quién sabe si a bendecirla!

—¡Doña Sacramento!—exclamó el administrador—yo voy a perder el juicio!

—Mi hijo, desde aquella misteriosa aparición de hace quince días, apenas se mueve de casa. ¿Es el amor que le retiene? ¡Ojalá que sea así! Porque mi hijo, adornando el jardín, llenando con su prima el patio de flores, ideando la construcción del teatrito en las habitaciones interiores, es dichoso, es honradamente dichoso.

—Señora—clamó don Eligio—en esta casa soplan vientos de libertinaje, y yo, sintiéndolo mucho, tengo que anunciarle que mis servicios han acabado aquí en este punto y hora.

—¡Querido Frías! ¡Me da usted el mayor disgusto de mi vida!

—No es menor el que a mí me causa, señora...

No quiso escuchar más y se retiró. La marquesa, que deploaba lo ocurrido, explicó a Consolación la decisión de don Eligio.

—¡Bah!—contestó la muchacha—. No se preocupe. Yo le convenceré. Hágame el favor de decirle que yo deseo hablar con él.

En efecto, aquella misma tarde, el severo administrador presentábase ante la alocada jovencita.

—Don Eligio—le dijo—me marchó de esta casa,

porque usted ha dicho a mi tía que dimitía el cargo, porque yo estoy más loca que un cencerro.

—¡No! ¡No!—protestó Frías—. No hay que alterar los textos.

—Antes que consentirlo, me marchó yo. ¡Sí, señor! Me voy, con toda la balumba que he traído para desesperarle: con mis flores, con el piano, con mis risas, con mi doncella, con la perrita, con el loro... ¡Ah! Le advierto que no soy yo quien le ha enseñado a decir: “¡Que baile don Eligio!”

Hubo una pausa.

—Comprendo—siguió diciendo Consolación—que lo del teatrito es lo que le ha sacado de sus casillas... Pero ¿qué se ha creído usted que se van a bailar en ese teatrito, tangos y peteneras?

—Presumo que no...

—Y eso que a mí, las peteneras me gustan... Y aun las bailo. Ese teatrito no será más que un recreo casi inocente... agradable... culto... Lo primero que he pensado es que usted elija la comedia que se ha de representar.

—¡Cómo! ¡Había usted pensado que fuera yo?...

—¡Naturalmente! ¡Quién mejor que usted, que tanto sabe y tanto ha leído? Podríamos buscar, para la primera función, una comedia de un religioso. Por ejemplo, de Tirso de Molina. ¡No era fraile Tirso de Molina?

—Sí... sí... Pero... —repuso don Eligio descompuesto—. Ya maduraremos el asunto... Porque, a pesar de que era fraile... es más verde que un apio.

—Quién dice Tirso de Molina, dice Lope de Vega.

ga. ¿No era cura?

—Era un cura... muy especial...

—¿Qué especialidad tenía, pues?

—Dejemos eso ahora—dijo Frías—. Es cosa que ha de meditarse mucho.

El temporal había amainado. Al cabo de un mes, doña Sacramento regaba las flores del jardín, don Eligio estudiaba una comedia, el hijo de Ambrosio pintaba a Coralito y a Lucío bailando peteneras. Una ráfaga de vida nueva había penetrado en el palacio sombrío, barriendo la tristeza de su silencio claustral.

Lucío andaba aquellos días muy preocupado. Hacía hecho unos versos en loor de los que ya todo el mundo en la casa consideraba como prometidos, y había llevado primero el fruto de su inspiración a un procurador amigo suyo, para que se los corrigiera. Tarde y mañana andaba siempre a la zaga de los enamorados para largarles su peroración.

La mañana era clara, alegre, risueña... En el patio, transformado ahora en jardín por obra y gracia de Consolación, ésta contemplaba gozosa su obra cuando Julio se presentó de improviso.

—Buenos días, Consolación.

—Buenos días, Julio.

—Oye, ¿para qué te ha llamado mi madre hace un momento?

—Quería hablarme.

—¿De quién?

—De ti.

—¿Qué dice?

—Que está muy contenta. Que pareces otro.

—Pues soy el mismo.

—Le llama la atención que pases tanto tiempo en casa.

—¿Y a ti, te llama la atención?

—Como no conozco tus costumbres de antes...

—Eran las mismas, Consolación. Me estoy en donde me siento bien. Ahora le ha tocado el turno a mi casa, pero es porque mi casa es otra, no yo. Me estoy porque tú has traído a ella la alegría, la verdadera alegría, fuerte, sana, fecunda, generosa... Me enamoraste el día que volteaste la campana del Carmen, porque tenías el alma llena de alegría y querías llevártela de alguna manera a unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Bendita tú, mujer, que eres capaz de alegrar el trabajo de los hombres! En aquel momento, debí caer de rodillas a tus pies y decirte que te amaba. Porque vi claro que tu alma era buena y grande y generosa, y no me engañé.

—¡Ay!—suspiró Consolación—. ¡Ya era hora!

—¿Hora de qué?—preguntó Julio.

—¡De que te oyera yo decir todo eso!

Un gesto de sorpresa se dibujó en el rostro de Julio.

—Consolación—le dijo—. ¿No lo sabías?

La joven contempló fijamente al marqués de los Arrayanes, y le contestó:

—¿Sabes tú que te quiero?

—¡Sí!—repuso Julio con firmeza.

—Pues, no te lo digo... Es decir, sí. Te digo que te quiero, primero, por eso, porque te quiero, después, porque he adivinado que a través de tu buen humor y de tu ligereza eres capaz de algo más que de tomarte unas copas con los amigos. Y, además, voy a confesártelo todo, porque no hay mujer a quien no halague ser la última a quien quiera un hombre que ha querido a muchas.

—¡La última!—exclamó Julio—. ¿Y si yo te dijera que eres la primera?

—No lo creería.

—Pues por eso no te lo digo. Faltaba aquí la alegría del amor y ya está entre nosotros. Somos y seremos felices. Mi casa será nuestra casa, mi madre, será nuestra madre, mis hijos serán nuestros hijos...

—No faltaría más!

—Diez, doce, catorce, diez y seis...

—¿Qué estás contando, loco? ¿Las macetas?

—Los hijos que tendremos! Y todos sanos, fuertes y robustos, amando la vida...

—Así me educaron a mí—dijo entonces Consolación—. Mi padre, siempre que levantaba en alto una copa de vino, que le gustaba beber, después, decía: “Alegrémonos de haber nacido!”

En aquel momento, doña Sacramento, que había espiado la escena, se acercó a la pareja.

—¡Mamá!—gritó Julio al verla—. ¿Vamos ahora mismo al campo los tres? ¡Estamos muy alegres y nos haces falta tú!

—¿Para qué?—interrogó gozosa, al ver que el milagro se había realizado, la marquesa.

—Para contarte todos nuestros proyectos de ventura y de dicha...

Sin que se dieran cuenta, Lucío, viendo el instante propicio, avanzó hacia ellos y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se arrancó a recitar su romance:

Todas las flores del campo
ze han puesto er traje de gala...

—¿Qué dices, tú?—preguntó Julio.

—¡Cayarze ahora!—dijo el poeta. Y continuó:

Todas las flores del campo
ze han puesto er traje de gala...
y también er zó ze ha puesto
su corona de oro y plata.

En er cielo eztá la luna
y las eztreyas más claras
y una alondra por los aires
va cantando estas palabras:

A la puerta de un palacio
yegó una roza lunaria
y er zeñorito don Julio
ze enamoró de mirarla.

Le dijo que la quería
por hermoza y por criztiana
y eya ze quitó una perla
y le mandó que la guardara...
Zalió... zalió...

—¡Ze me ha orvidao!—gritó Lucío, deteniéndose
perplejo y acongojado—. ¡Ah, sí!

Zalió de la perla luego
una maripoza blanca
y azín le dijo a don Julio,
volando por la armohada:

Consolación zerá tuya
zi me cumplez la palabra
de que siempre haz de quererla
como a la Virgen zagrada.

Y er zeñó ze vistió de oro
y la luna de oro y náca,
y todos los ruiñores
cantaron en la enramada.

—Esto de la enramada—acabó diciendo—me lo
ha puezto el procuradó.

—Poeta—dijo Julio soltando la carcajada—ve a
por tu sombrero, que vas a acompañarnos al campo,
donde te coronaremos de espigas.

—¿Y a dónde iremos?—preguntó Consolación.

—A donde tú quieras.

—Entonces, déjate guiar, que acaso no conozcas
tú el sitio a donde voy a llevarte. ¿Has estado al-
guna vez en el Cerro de las Aguilas?

—Nunca.

—Desde él se ve toda la vega; los huertos, los
prados, los valles, la cinta del río, los pueblecillos
del contorno. Dejaremos a tu madre descansar a
su falda y treparemos nosotros de la mano monte
arriba. Y ya en lo más alto, vamos a repetir, gri-
tando para que tu madre desde abajo lo oiga, aque-
llo que mi padre decía: “¡Alegrémonos de haber
nacido!”

360